

BOLETÍN DECENAL

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL



10 SET. 1979

SECCIÓN DE INFORMACIÓN DEL EJÉRCITO DE TIERRA

SUMARIO

Páginas

NERVIOS FIRMES Y CORAZÓN ANTI- MORO.	1
NUEVAS FORMAS INTERVENCIONIS- TAS A EXAMINAR EN LA S. D. N.	5
A PRUEBA SIEMPRE DE REVERES.	7
UN EPISODIO MÁS DEL DESMORO- RAMIENTO FACCIOSO.	9
REFLEXIONES DEL DÍA.	12
EN LA ZONA FACCIOSA.	14

Boletín Decenal

Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra

La situación militar

Nervios firmes y corazón animoso

La prensa italiana ha echado las campanas al vuelo con motivo de las operaciones de Santander. Sus comentarios recuerdan los que siguieron a la ocupación de Addis-Abeba. ¡Fáciles victorias! Evocan la excesivamente elogiada y trompeteada de Vittorio Veneto, donde todo el ejército de Armando Díaz peleó contra dos divisiones húngaras, únicas que en la descomposición general de la Doble Monarquía habsburguesa conservaron la suficiente disciplina para oponer resistencia... Quieren los hados que el instrumento militar italiano, al que acompaña históricamente la desgracia, desde Novara a Caporetto, pasando por Custozza, solamente se corone de gloria cuando lucha con ejércitos en dispersión, con negros que le oponen viejos fusiles, sables, lanzas y flechas y con milicias disueltas, bravas, pero mal armadas y que no pueden, por razones de orden geográfico, recibir socorro...

Pero de todas formas, el Duce, al responder al indecoroso telegrama de Franco, ha reivindicado para sus huestes, invasoras de España, la totalidad de los discutibles éxitos santanderinos. «Me ha causado gran alegría —contéstó— que los legionarios italianos hayan conadyuvado decisivamente.» ¡Decisivamente! Y en realidad, Mussolini no exagera. Las cinco nutridas columnas que avanzaron concéntricamente sobre Santander, desde el Oeste de Reinosa a las Encartaciones, estaban formadas por cuatro divisiones italianas, unidades portuguesas, tabores marroquíes y una sola brigada española, compuesta de requetés navarros. Cien aviones con pilotos italianos y alemanes y ochenta tanques, italianos y alemanes igualmente, amén de una enorme artillería servida en su totalidad por extranjeros, apoyaban su marcha.

¿Y qué generales las mandaban? Rosso, Bastico, Balfe, Perchi, Bento, Maucá, Bergonzoli, Teresini... Un nombre hispano figuraba vetgonzosamente al lado de ellos: el de Soldruga. Hacía de clapo o de llataleca.

Cuando escribimos estos comentarios sigue la batalla al Oeste de Santander, por la zona de Cabuérniga. Gran parte de las fuerzas que defendían la provincia se han replegado, después de la evacuación de Torrelavega, en dirección a Asturias. Otras, perdida su línea natural de retirada, se salvaron por mar. Restan por despejar todavía numerosas incógnitas. Ha habido en este dramático episodio norteño heroísmos y desmayos. Algunas unidades se batieron hasta perder el ochenta por ciento de sus efectivos. Otras, las menos, demostraron aturdimiento y flaqueza. La fatalidad geográfica pesaba desmoralizante sobre los luchadores de la Montaña. No disponían apenas de aviación. Sabían que era imposible socorrerles directamente. Sin embargo, la resistencia, sobre todo en los sectores central y occidental, ha sido honrosa y en muchas ocasiones heroica.

Ha intervenido otro factor que no había hecho apenas hasta ahora su aparición en el Norte: nos referimos a la Quinta Columna. La conocíamos desde que en Madrid, un día de noviembre, cuando los moros luchaban con los Carabineros en la plaza de la Moncloa y los legionarios llegaban al Paseo de Rosales, se lanzó a la calle y atacó por la espalda a los defensores de la capital de España. Fue vencida y casi exterminada. En Santander parece que tuvo mejor fortuna. ¿La causa? No es este el momento de explicarla. Quedan por aclarar muchos extremos y que averiguar no pocos antecedentes. Ya llegará la ocasión.

Pero sépase que no ha terminado la guerra en el Norte. Y que la España republicana no abandonará a los que siguen luchando en las montañas de Asturias, selección de bravos, de irreductibles, templados en la fragua del infortunio inmerecido, acrisolados por el sufrimiento. Vaya hacia ellos nuestra admiración.

El alto mando de la República, para ayudar en lo posible a los combatientes de la Montaña, montó una ofensiva en Aragón que está en plena marcha cuando pergeñamos estas impresiones rápidas. Esa ofensiva tiene como eje la zona central de la región, al Norte y al Sur de Zaragoza, desde Zuera a Belchite. Una segunda ofensiva la cubre por la comarca de Teruel. Iniciada aquella bruscamente, ha logrado triunfos muy honrosos y sus vanguardias tienen ya bajo sus cañones el caserío de Zaragoza. Seguramente será ampliada en otras direcciones con arreglo a la situación estratégica que se vaya creando. Desde el primer día hizo el esperado efecto de ventosa, y obligó al enemigo a retirar del Norte muchas escuadrillas de aviación y una división de infantería italiana.

También ha empezado otra ofensiva en el Sur, por la parte montañosa de la provincia de Granada. El frente en dicha región comprende tres sectores: el de Iznalloz, que tiene sus avanzadas por Huétor-Santillán, muy cerca de la fábrica de pólvora de El Fargue, dominando la Vega como desde un balcón inmenso; el de Sierra Nevada, que pasa por Güéjar y sus Calares, y el de la Costa, que cierra el camino de Almería en las inmediaciones de Castell de Ferro. En Granada y Motril ha habido recientemente graves des-

órdenes. Parece que para dominarlos acudieron de Málaga algunos batallones italianos. Pero en Málaga también, según cuentan de Gibraltar, volvieron a reproducirse los disturbios en forma de choque sangriento entre las tropas españolas y las de Mussolini. Indudablemente la retaguardia facciosa está muy enferma. No quiere ello decir que sea inminente su desastre. Pero el proceso de descomposición se va acentuando...

* * *

Llevamos trece meses largos de guerra. Si cogemos un mapa y comparamos las ganancias y pérdidas territoriales de leales y rebeldes tendremos que convenir en que el balance es favorable para los últimos. Han aumentado la superficie de la España fascistoide con el Norte de la provincia de Toledo y el Sur de la de Madrid, con Badajoz y extensas zonas extremeñas, con Málaga y parte de su provincia, con el litoral granadino hasta más allá de Almuñécar, Motril y Salobreña, con las provincias de Gápúscua y de Vizcaya y con la mayor parte de la de Santander. No es mucho, sin embargo, después de más de un año de guerra, de la intervención directa con ejércitos inclusive de Italia y Alemania y de la conducta incalificable observada, con relación a la España leal y legal, por las democracias burguesas europeas. El gran bloque republicano del Centro, el Este, Levante y el Sur sigue intacto. Recibió golpes fortísimos y supo devolverlos con usura.

Más hemos de añadir: el problema militar de nuestra guerra de independencia no puede ser planteado geográficamente. La realidad verdadera no está en el mapa. El mapa engaña. En agosto del año pasado poseíamos Málaga y casi todo el Norte. Pero estábamos potencialmente vencidos. ¿Qué podíamos oponer a las fuerzas facciosas que empezaban ya a recibir aviones a docenas, cañones y ametralladoras a centenares y técnicos extranjeros a miles? Unas caóticas milicias muy entusiastas, pero que tenían de la guerra moderna una idea absurda. Esas milicias, políticas y sindicales, sin jefes, sin cuadros de oficiales, pésimamente armadas y municionadas, sin aviación, sin tanques, sin artillería, sin ametralladoras, se batían a la diablo y actuaban dentro de la ineficacia de una perpetua improvisación circunstancial. Cada día les aportaba un asán, un hecho nuevo, una crisis más grave que las anteriores. ¿Cómo no fueron deshechas? ¿Cómo no se aproximó a Madrid el adversario hasta dos meses más tarde? ¿Cómo no fue forzada la barrera del Guadarrama? ¿Cómo no cayó entonces Málaga? ¿Cómo tras la pérdida de San Sebastián, consecuencia de la de Irún, no fue Vizcaya atacada a fondo? La España republicana, que no se resignaba a la defensiva, que atacaba en Asturias, y en Huesca, y en las orillas del Ebro, y en Tínel, y en Granada, y en Córdoba, y que resistía en Extremadura, no era, considerada como factor bélico, más que una inmensa debilidad. El optimismo, cálculo político hábil en los de arriba, convicción en los de abajo, fingía fuerzas inexistentes...

Hoy la España republicana, con menos territorio, es infinitamente más poderosa. Mídase la enorme distancia que separa al combatiente de Toledo del de Brunete, al miliciano sin uniforme del soldado de ahora, y se comprenderá que tenemos razón al

asegurar que el mapa miente cuando lo tomamos como espejo de la situación militar de la guerra española.

Y no limitemos la comparación a los frentes de batalla. Extendámosla a las retaguardias. ¿Quién podrá negar que hay una diferencia gigantesca entre el caos inevitable y disculpable del verano de 1936 y el orden severo del estío actual?

Debemos y podemos, pues, a despecho de todos los episodios dramáticos del Norte, sentirnos optimistas. Nuestro optimismo no es ya, por fortuna, hijo de la resolución inquebrantable y de la obstinación heroica, sino del examen razonado de los factores esenciales de la contienda. Pocos meses antes del derrumbamiento de los imperios centrales, cuando la Gran Guerra, parecía que los aliados estaban en el prólogo del desastre final. Rusia había firmado la paz de Brest-Litowski, obligando así a Rumania a rendirse sin condiciones. Servia no existía como nación. Townsend había capitulado en Kut-el-Amara. Italia había sido aplastada en Caporetto, y para sostenerse en el Piave tenía que recibir el auxilio de varias divisiones inglesas y francesas. Ludendorff había llegado de nuevo a la orilla del Marne. El socorro de los Estados Unidos estaba todavía lejano... Sin embargo, un observador atento hubiera acertado ya a ver en el fondo de aquellos colosales reveses, que parecían decisivos, los elementos primarios del triunfo próximo. Porque se agitaba detrás de ellos una enorme fuerza, estática aun, pero que iba rápidamente a transformarse en dinámica. Y por otra parte, los imponderables, que Bismarck tanto temía, comenzaban a actuar...

Acordémonos del verano decisivo de 1918, mientras se aproximan el otoño y el invierno de 1937. Y pensemos con Nogi, el vencedor de Puerto Arturo, que gana las batallas y las guerras el beligerante que no se cree derrotado, sean los que sean los incidentes de la lucha y que tiene nervios firmes y corazón animoso para resistir un cuarto de hora más que su enemigo.

Y nervios firmes y corazón animoso —y otras muchas cosas más— los tenemos de sobra...



Nuevas formas intervencionistas a examinar en la S. D. N.

Nuevos hechos a sumar a la intervención extranjera en España vienen a agravar la situación internacional y a modificar acusadamente la correlación de fuerzas en el Mediterráneo. Durante estos últimos quince días dieciocho barcos mercantes españoles y extranjeros han sufrido los efectos de la agresión general italiana en este mar interior del Viejo Continente. Es una nueva forma de agresión que descubre con toda evidencia el sentido de la intervención italiana en España. En el proceso de la política fascista en Europa se señalan hoy los intentos de arbitraje del Mediterráneo por parte del Duce. Es revelador que la política de Roma en el Mediterráneo vaya dirigida a minar la base británica de Egipto y Palestina, a ensayar maniobras navales y aéreas en las costas de Sicilia de alcances cuidadosamente reservados, a dominar la parte occidental de este mar con la posesión de las Baleares y a efectuar unas últimas maniobras del todo secretas y que consisten en las agresiones de la marina de guerra de superficie y sumergible de Italia contra la marina mercante española y de otras nacionalidades. Es curioso que coincida esta situación en España y en el Mediterráneo provocada por las potencias totalitarias con las declaraciones de Mussolini, en las cuales se muestra solidario «en los hechos» con Berlín, al mismo tiempo que critica a Francia su adhesión a la Sociedad de Naciones y ofrece a la Gran Bretaña seguridades en el Mediterráneo. Pero esta coincidencia alcanza un grado extremo si observamos la «oportunidad» del imperialismo nipón en su invasión al pueblo chino. Indicios son éstos que descubren una unidad absoluta en la provocación de la guerra del bloque tripartita gendarme del mundo.

En esta situación, el Gobierno español, que se había reservado el derecho a recurrir nuevamente a la Sociedad de las Naciones en caso de que la intervención que sufre así lo aconsejase, ha creído que esta oportunidad se ha hecho actual. La gravedad de la situación de España y el no menor riesgo en que se encuentra la paz del mundo, aconseja a la República española acudir al organismo ginebrino para presentarle la arriesgada película de las agresiones totalitarias y de la situación grave de la paz universal. La decisión de nuestro Gobierno está dictada con toda corrección y responsabilidad. La Sociedad de las Naciones teóricamente está obligada a tratar el problema que el Estado español le plantea dentro de los principios del Pacto. El principio de «la paz es indivisible» y de «la seguridad colectiva» que informan al organismo de Ginebra son los acicates que debieran pesar sobre el Consejo de la Sociedad de las Naciones al examinar el problema de las agresiones italianas a España. Pero una cosa es la teoría y otra la realidad de los hechos.

La Sociedad de las Naciones es un organismo que por su formación se halla en el centro de las contradicciones capitalistas y en los cruces de los intereses encontrados de las potencias que la integran. El Gobierno de Londres y de París tienen una supremacía política indudable en el Pacto de Ginebra. Toda la historia de la Sociedad de las Naciones, y más concretamente la que data del conflicto italoabisinio, demuestra claramente el arbitraje de la Foreign Office y del Quai d'Orsay. Y esta realidad nos hace volver la mirada hacia el criterio francobritánico en cuanto a los últimos hechos que estamos relatando. De él depende las decisiones que puedan adoptarse

en el próximo Consejo de la Sociedad de las Naciones.

Francia e Inglaterra fundamentan su política exterior en la localización de la guerra en España. Toda su trayectoria se ha caracterizado por las concesiones hechas al agresor con el fin exclusivo de limitar la guerra. El ejemplo de la actitud de París y Londres ante la agravación considerable del Mediterráneo es el hecho más relevante de esta información que hacemos. Por el mero hecho, pues, de que el tema español se ha tratado en el Consejo de la Sociedad de las Naciones no va a obligar a los gobiernos demócratas de Occidente a virar su política manifestada en la No Intervención. Por otra parte hay indicios ciertos, manifestados en los círculos políticos británicos y franceses cercanos a los gobiernos, de que la cuestión española y del Mediterráneo sea resuelta mediante nuevos esfuerzos en pro del robustecimiento de la No Intervención. Y esta política está determinada porque de encargarse la Sociedad de las Naciones de esta cuestión tendría que determinar en primer término, y con arreglo a sus principios, si había o no agresión, y en el primer caso a definir el agresor. Y esto llevaría a las potencias democráticas de Occidente como de la mano o a declarar que la cuestión española era un caso de mera ingerencia —y parece ser que en caso extremo esta sería la política de los Estados de Occidente— o bien a decidirse a calificar el hecho español como una agresión, y en tal caso hacer jugar el artículo 16, que determina las sanciones a que se hace

acreedor un país que ataca a otro miembro del Pacto. Y esta es precisamente la política que han eludido en todo momento tanto Londres como París y la que les ha llevado a la práctica de las concesiones y del control de la intervención. No es pues de esperar ni remotamente que Inglaterra y Francia se decidan por el primer camino.

Esto explica que el Gobierno español haya planteado el incremento de la intervención en límites moderados que no obligan a la Sociedad de las Naciones a decidirse por discutir el problema de fondo de la guerra española. Naturalmente, lo más probable —dentro de los vaivenes propios de la política internacional— es que el Consejo de la Sociedad de las Naciones acoja la denuncia española como acogió las anteriores y aconseje a las potencias una política que conduzca a la reconstrucción de la No Intervención.

Ante esta situación no puede desestimarse la actuación de las organizaciones obreras y demócratas del mundo. Son ellas precisamente las encargadas de presionar sobre los gobiernos para que éstos se vean precisados a adoptar la línea justa y recta de la aplicación de los principios estrictos de la Sociedad de las Naciones: declaración de la existencia de agresiones a España y adopción de medidas económicas o militares contra el agresor. Esta es una cuestión de prioridad que nadie podrá dudar y que obliga al pueblo español a volcarse en el extranjero para que estas organizaciones realicen esa presión.

A prueba siempre de reveses

Tozudos sí lo son. Hay que reconocerlo. Tienen todos ellos, desde su generalísimo hasta el último de los cabecillas, una tozudez que empleada en otra cosa que en inferir daños irreparables a su patria les bastaría para alcanzar los objetivos políticos que persiguen. Lo decimos a cuento de las campañas de difamación que tienen emprendidas contra el Gobierno y contra el pueblo, atribuyéndonos todas las tropelías, todos los crímenes, todas las ferocidades que ellos perpetrar sistemáticamente y que luego denuncian ante el mundo como «obra de los rojos al servicio exclusivo de Moscú».

Repasando la colección de sus informaciones de ahora hace un año nos encontramos con aquella grotesca apelación que la Junta de Defensa de Burgos dirigió a las naciones el 6 de septiembre del año próximo pasado para que recayera sobre nosotros la responsabilidad moral de la destrucción de Irún, obra exclusiva de su artillería y de su aviación, empleadas contra toda la ciudad durante días y noches con la misma irresponsabilidad e idéntico frenesí carnicero que luego utilizaron y siguen utilizando sobre pueblos alejados muchos kilómetros de las líneas de fuego.

En aquel documento, acogido en las cancillerías con el natural escepticismo y la natural repugnancia —Alemania e Italia con el consiguiente regocijo—, se afirmaba clínicamente «que Irún había sido devastado por unos cuantos extranjeros que, ante la pasividad de los milicianos, se dedicaron a provocar incendios que originaron muchas víctimas inocentes y pérdidas materiales por valor superior a ochenta millones de pesetas».

Fué aquel desenfadado documento el primero que osaron dirigir a las potencias sobre el tema de nuestra ferocidad en la contienda, y en él se acusa, más que en ningún otro de los muchos que luego han redactado, la condición moral de sus firmantes, obcecados en decir que en la España leal estamos sometidos —¡oh lo que puede el subconsciente!— a la tutela vergonzosa de extrañas ingerencias que nos empujan y nos esclavizan...

En la pendiente de la insensatez y de la calumnia se atrevieron también a dirigirse al mundo —nada menos que al mundo— para señalar a la conciencia internacional la flagrante contradicción entre las declaraciones de no ingerencia formuladas por el Gobierno de la República francesa y los hechos —decían— «que vienen produciéndose al otro lado de la frontera».

En el curso de un año, ¿cuántas veces han reproducido documentos parejos en intención y en falsedad? No tienen otros temas y los reiteran y machacan con esa tozudez que es característica en algunos seres de escalas zoológicas inferiores... y en los tontos de circo.

No les hicieron caso ahora hace un año, pero insistían y torran. Les ha vergüenza confesar que frente a ellos, contra sus mesnadas y los ejércitos de alemanes e italianos que han venido a ayudarles, lucha aislado, solo, magníficamente solo, un pueblo liberal que no se deja someter y prefiere morir a ser esclavo, y nos acusan, miserablemente, de todos los crímenes de lesa patria que ellos realizan a mansalva, sin dignidad y sin recato.

En el fondo lo que les pasa es que no tienen confianza ninguna en el triunfo final y sientan los jalones para justificar su vencimiento, que ha de sobrevenir. Si tuvieran confianza en sí mismos ni hubieran redactado el alegato sobre la destrucción de Irún ni la protesta contra Francia. Acababan precisamente de obtener algunas ventajas de orden militar —Talavera e Irún—, que a un Estado Mayor consciente de la pujanza de sus armas y de la sensatez de sus planes le hubieran hecho reaccionar en el sentido de lanzar al viento la grata nueva de otras operaciones victoriosas en plazos perentorios. Por altas conveniencias de orden militar se ordenó la vuelta a la península de la columna que había desembarcado y se batía en Mallorca. Y no por cautos, por medrosos y por pobres de espíritu, lo que hicieron ellos fué clamar contra el coco del espantable comunismo y de la democracia de la República francesa con un confusionismo impolítico y necio que acredita su ineptia y delata su miedo.

En esa primera decena de septiembre nuestras milicias, encuadradas ya en unidades tácticas y con mandos de probada lealtad, muchos de ellos, sin embargo, carentes de profesionalismo y de práctica del arte de la guerra, acudían a un lado y a otro desde las ciudades alejadas de los frentes de lucha a los puntos de mayor riesgo y fatiga para oponerse a la invasión de las tropas fascistas. En las alternativas de la contienda pudo apreciarse ya que la rápida formación de un ejército no sería para nosotros empresa inasequible.

Las columnas que se batieron en Talavera y en el Norte tenían más cohesión, más disciplina, más potencia ofensiva y defensiva que las que en Guadarrama y Somosierra supieron contener a los rebeldes a finales de julio y el mismo espíritu de entonces, a prueba de reveses.

Las iniciativas de los generalotes sublevados eran frustradas por los ataques y contraataques nuestros, que obedecían a un plan. En el Sur y en el Este teníamos en jaque a un enemigo superior en medios. Se clavarón posiciones que siguen siendo inexpugnables. Prendió en el pueblo la convicción de que la guerra sería larga y que habría que ganarla haciéndola como ellos nos la hacían y superándolos en todo, y las calles de nuestras ciudades se engalanaron con carteles en los que se pedía «Ejército único», «Mando único», «Todas las armas para el frente»...

Se estaban sentando los pilares del magnífico Ejército del Pueblo, que es hoy orgullo y confianza de la España inmortal.

Un episodio más del desmoronamiento faccioso

Pedro Sáinz Rodríguez, catedrático *in partibus* —por su cátedra oficial no hay recuerdo, en memoria de estudiante, de que apareciese nunca; los frequentadores de los cabarets madrileños le conocían de sobra, en cambio—, correveidile áulico en tiempos de Alfonso XIII, ex asambleísta con la dictadura de Primo de Rivera y finalmente diputado de Renovación, aprovechado y maleante siempre, ha sido nombrado por Franco mentor de Falange. No se puede negar que en el campo faccioso saben dar con los «valores nuevos» y encajar a cada cual en el puesto que más a la medida le viene. El flamante mentor ha hecho unas declaraciones (publicadas en *El Diario Vasco*, de San Sebastián, el día 11 del corriente) sobre los nuevos estatutos de Falange. En ellos, así como en el anterior decreto de la unificación de partidos y en el discurso de Franco que le precedió, ve el devaneante catedrático e improvisado estadista «las bases para la construcción del nuevo Estado», Estado cuyo tópico más viejo va siendo, precisamente, el de su novedad. Verdad es que, según el mismo Sáinz Rodríguez, «Falange irá creando paulatinamente todos los organismos estatales». Por ahora apenas tiene más que el solar. Y las trazas son de que ni el solar va a dejar de la España sometida a sus actividades «estructuradoras», al dictado y en servicio de italianos y alemanes.

Una de las primeras preocupaciones de Falange parece haber sido la de determi-

nar qué ciudad haya de hacer las veces de Addis-Abeba ibérica. Málaga ha reclamado para sí ese honor, y aduce títulos en apoyo de su pretensión. Zaragoza, por su parte, exige otro tanto. La Junta de Burgos, visitada con este fin por una comisión zaragozana, ha prometido «estudiar con cariño» el problema. Madrid, naturalmente, por su «terca obstinación» en defender las libertades, la independencia y el decoro nacionales, ha perdido, según el fallo de alguno de los plumíferos de casa y boca del «generalísimo», todo derecho a la capitalidad de España. De esa capitalidad y de España misma están dispuestos a hacerse un sayo, como de su propia capa, los falangistas. Para eso se la han ganado —dicen—. O se la están ganando. O se la van a ganar. «España —ha afirmado uno de los órganos de prensa de Falange (*Unidad*, de San Sebastián) a fines del pasado junio—, España es propiedad exclusiva de los que la ganaron con su sangre. De los jóvenes nacional-sindicalistas...»

Lo grave es que hay otros que hablan también, y con tantos o más pujos, de la sangre que en nuestra tierra han vertido. Verdad es que éstos hacen mención, con menos tapujos, de la sangre vertida «por la salvación del fascismo y por nuestra hermosa Italia imperial» (carta del «camisa negra» Giuseppe Pasquale al cónsul Torello Pompili, publicada en el *Popolo d'Italia* del 13 de agosto). Y otros, como el comandante italiano hecho prisionero en tierras de

Guadalajara y autor de un diario de que se han reproducido aquí mismo inequívocos pasajes, se refieren al suelo regado con esa sangre como a una tierra «vendida tres veces a nuestro Mussolini».

De la reacción del pueblo, y aun de algunos falangistas, ante esa venta, como ante los desmanes de los invasores, se ha tratado ya aquí reiteradamente. Esa reacción, más desesperadamente hostil cada día, acelera por momentos la descomposición del campo rebelde, catastróficamente manifiesta en todos los órdenes. El malestar, el descontento, estallan en focos de rebelión, que las represiones más violentas no consiguen sofocar. Ahí están Toledo y Granada; ahí están los tiroteos que nuestros soldados pueden oír a diario en el campo enemigo, no lejos de la línea de fuego.

No hace mucho terminaba Millán Astray una de sus pintorescas alocuciones asegurando, en tono mitad de jaculatoria, mitad de esperpento valleinclanesco: «Con nosotros está Dios en los cielos. En la tierra están el generalísimo y cien generales que le dicen: «Estamos dispuestos para lo que V. E. se digne ordenarnos.» Pero entre el coro de los cien generales está, por lo menos, uno de los compañeros y cómplices de primera hora del «generalísimo». Nos referimos a Queipo de Llano, «pío, felice, triunfador» en su sultanato sevillanoextremeño, en el que juega a sentirse rey de taifa, organizándose homenajes, haciéndose nombrar periodista honorario, primer *speaker* de la «nueva España», y poner en parangón, por una prensa amaestrada, nada menos que con Fernando III *el Santo*, conquistador de Sevilla. Queipo se ha rebe-

lado recientemente, desde su micrófono, contra Falange y su exclusivismo, contra la peste de moralina de damas y régulos de Estropajosa; contra Salamanca, en fin de cuentas. El lector, por lo demás, hallará cabal traslado del hecho en el último número de nuestro BOLETÍN.

Con la súbita explosión de Queipo ya no es lo que se nos muestra de manifiesto el cuarteamiento, de sobra conocido, del campo faccioso en su base. En la «nueva España» de la jerarquía ante todo, la desunión alcanza a todos los grados y planos. El choque de Queipo con Falange no es sino un episodio más, perfectamente previsible, en el proceso de descomposición. Episodio grave al que, como era de esperar, se ha tratado de echar tierra. Pero hay cosas que tienen mal arreglo. Mejor dicho, que no tienen arreglo posible. La *Hoja Oficial de los Lunes*, publicada en Sevilla el 16 de agosto actual, da cuenta de que el Secretariado Político de Falange ha respondido al general Queipo de Llano con una nota en la que se dice que la parienta del general perseguida, según éste, por Falange «es cierto que fué expulsada de un hospital, pero por razones muy importantes que alegó el capitán médico del equipo quirúrgico en oficio que está a la disposición de Queipo». Después de contestar, y no precisamente en tono muy amistoso, a las acusaciones del general *speaker*, la nota termina diciendo que «en estos momentos en que tanta gente muere el Secretariado Político de Falange tiene cosas más importantes en que ocuparse».

El general, por su parte, ha acusado el palmetazo en otra nota, en la que «se con-

gratula de que le hayan sacado del error en que estaba, pero pide que se le entreguen las pruebas que demuestren la inexactitud de sus informaciones». La palinodia, visiblemente impuesta desde Salamanca, termina con un viva a Franco. Es el mismo expediente a que apelaban nuestros comediantes en los felices tiempos fernandinos. Sabido es que entonces, cuando la silba contra una comedia o las manifestaciones de desagrado a un actor llegaban a extremos demasiado borrascosos, el «barba» o el galán de la compañía se encargaban de salvar la situación con un oportuno «¡Viva el rey neto!», medio infalible y rápido de aplacar los ánimos.

Pero no es de esperar que de esta vez surta efecto. Andan en danza apetitos de mando, vanidades y egófsmos heridos, un caudillismo hasta ahora latente, pero desde ahora imposible de disimular. Toda la retórica imperial importada por Falange se queda en eso, en retórica, en flato oral. Los generales del coro pueden aprender algún ademán suelto, tal cual ripio. Pero el papel «no les va», no les entra, ni pueden sufrir que se les imponga. Por debajo, y a despecho de la cortina de humos que sobre la realidad de la España facciosa eleven solemnes y ampulosas declamaciones oficiales y oficiosas, a lo que realmente se asemeja esa España es ni más ni menos que a una auténtica merienda de negros. Los negreros, mientras tanto, se frotan las manos de gusto y se instalan como en lo que

es, en una colonia suya, en la España cuya «propiedad exclusiva» pretenden, de una parte, los falangistas, y de otra, los generales...

«Muchos —dice una información de Salamanca— esperaban grandes acontecimientos políticos con motivo de la divergencia surgida entre Queipo y Falange.» Claro está que en las esferas oficiales se da por liquidado el incidente. Queipo ha entonado, bien que con reservas, su *confiteor*. Pero sería desconocer a Queipo y desconocer la realidad misma de la situación en el campo rebelde, hartos palmaria, pensar que las cosas hayan de quedar ahí. «No hay lugar —concluyen en Salamanca, después de elogiar a Queipo por «la nobleza con que ha reconocido su equivocación»—, no hay lugar para que se produzca hendidura alguna en el bloque macizo de la España una, grande y libre...»

No hay lugar... Pero es por la misma razón que hace decir a nuestro pueblo: «Ya no puede ser el cuervo más negro que son las alas.» De nada sirve que los facciosos pretendan engañar a nadie —acaso a sí mismos—. El supuesto «bloque sólido» no es tal bloque, sino un movedizo montón de escombros que en estos momentos se viene abajo. El incidente entre Queipo y Falange no ha sido sino un paso más en el desmoronamiento. No tardaremos en ver cómo se producen otros nuevos, de gravedad cada vez mayor, fatalmente.



REFLEXIONES DEL DIA

Nuestra fe en el triunfo de la República no es ciega, de corazonada.

(La corazonada linda, por la imprecisión, con el albur. La guerra es juego trágico. Estamos en él, pero no «juguemos» a él. Bastante tiene por sí solo de suerte —la suerte que se corre» decimos— para que aumentemos por nuestra cuenta la importancia de ese factor. Hay que reducir al mínimo los «imponderables».)

La fe en el triunfo de la República es razonada. He aquí los razonamientos.

Los hombres se baten por dos motivos :

- a) La defensa de sus intereses.
- b) Un ideal.

En el caso nuestro coinciden nuestra tierra, nuestro hogar, nuestra honra, nuestra libertad. ¡Y nuestro anhelo de mejoramiento social! Nos oponemos a que nos desahucien y queremos un mundo con más justicia.

Aunque en precario, teníamos lo primero, que peligra ya. Se trata, por de pronto, de conservarlo. Y como el fascismo es «totalitario» quiere esclavizarnos, es decir, quiere que todo lo nuestro —el ensueño también— quede en imposibilidad. Parece decirnos: «Respirabais y os voy a quitar hasta el aire. Para que no digáis que era méfítico el que teníais.»

Se ha repetido que de esta pelea saldrá otro Renacimiento u otro Feudalismo. Nunca se vuelve a lo pasado, porque la experiencia que se pasó lo supera y hace, por tanto, que el nuevo caso no sea exacta-

mente el mismo caso; pero es cierto que estamos en una encrucijada de la Humanidad donde nos hemos encontrado con la sorpresa. Y con los bandidos.

España es el pueblo que sorprendido y todo, en medio del reposo de su pacífico viaje, no se dejó desvalijar.

El enemigo no ha venido. Lo han mandado los dictadores de sus respectivos países, y también el hambre y la desesperación, que son dos dictaduras más crueles que las de Hitler y Mussolini. No comían allá y vienen aquí a ver si comen y cobran, aunque sea matando, ya que donde estaban no conseguían cobrar porque no había trabajo. Son tristes jornaleros a quienes sólo se ofrece tal faena.

Eso es lo que defienden individualmente. Colectivamente, nada. Los intereses de los grandes poseedores connacionales, no serán. Nadie sirve a su verdugo.

Sabemos que el empuje de esta gente está galvanizado y administrado por las pistolas de sus jefes. No cabe duda de que en muchos casos resulta el procedimiento. No en todos. Los que están fuera de esa esfera de influencia, porque la neutralizan o la rebasan, son los que debemos buscar.

El soldado nuestro ve en la trinchera el umbral de su casa, que puede ser mancillada y destruída. El otro no ve más que las causas que le alejan de la suya y la persuasión de que aunque ganase, la ganancia consistiría para él en hacer permanentes sus cadenas. El italiano y el alemán

continuarían bajo la misma férula. En tales circunstancias, ¿cuál puede ser el deseo de un hombre dentro del bloque de la contienda? Esto fué siempre la moral de las derrotas, morbo que aumentará si sabemos mantener la temperatura en que se desarrollan los bacilos que lo producen. ¡Sabremos! Porque la amenaza acelera nuestro aprendizaje.

La conciencia de nuestro derecho frente al ataque rebaño es una ventaja. Más lo es la capacidad combativa, que comprende la decisión heroica y los medios de hacerla eficaz. Ni el heroísmo ni los medios se nos acabarán. Y el empeño urgente es llegar a la saturación.

Un espejismo que conviene evitar: la importancia de las disputas en la retaguardia facciosa. Eso ayuda, pero no liquida. Por muy minados que estén no caerán más que por nuestros golpes. El éxito depende no de su retaguardia, sino de nuestra vanguardia.

El tiempo lo mismo precipita los procesos de descomposición que los resuelve, apoyado en cualquier contingencia imprevisible. ¡Ganar tiempo puede equivaler a ganar la guerra! Una y otro los tenemos que ganar con nuestros fusiles.

En resumen, que lo de sus desavenencias sea un dato; nunca una esperanza.

Queipo ha ordenado que se considere zona de guerra la provincia de Huelva y la parte de Sevilla y Badajoz, hasta la carretera de ambas. Por allí hay «elementos no sometidos». Son los guerrilleros, es el genio de la raza inmortalizado en mil trances de epopeya.

En esta retaguardia tenemos más confianza que en la otra. Pero la pelea es áspera y falta que les cuaje algún elemento imprescindible para operar sin intermitencias.

Las poblaciones apartadas del ruido del cañón deben considerar este hecho como una facilidad para la tarea que exigen los momentos de España, no como estímulo de indiferencia.

Nada de zonas tibias. Que no haya en el entusiasmo —porque no lo hay en el riesgo— compartimentos estancos, sino vasos comunicantes.

La patria hoy es una sola llama. Pien- sen los que nos vean que si la iluminación es un guía, las chispas pueden ser un peligro. Ya que no les habla el espíritu de solidaridad jurídica ni humana, que al menos les insinúe el ejemplo.

DIEZ DIAS...

EN LA ZONA FACCIOSA

Franco ha creado una Cámara Oficial para el repartimiento del trigo, que será vendido a precios rebajados. «De tal manera —dice— se evitan las especulaciones y el intercomercio.» Dicha institución, que «procurará» la mejora de los campesinos y obreros del campo, hará lo posible para la fijación de un jornal único.

★

La situación de la retaguardia facciosa es para las clases obreras de verdadera miseria. Prosiguen imponiéndose multas a los patronos que exageran desproporcionadamente su persecución al obrero, al que no pagan sino jornales míseros y obligan a trabajar nueve o diez horas en locales completamente insaludables. Donde adquiere mayor dureza este acorralamiento del elemento proletario es en Galicia.

★

Se inauguran muy frecuentemente cocinas económicas, donde las personas en mala situación comen gratuitamente. Su profusión es clara muestra de la situación desesperada de la retaguardia enemiga.

★

Se ha accedido una vez más a la prórroga de otros treinta días de la moratoria del vencimiento de efectos mercantiles.

★

Se conocen nuevos detalles sobre el espionaje de Franco en la vecina República francesa. Varios de sus agentes van a ser expulsados de la nación, pues se asegura que, además de laborar en beneficio del ca-

becilla rebelde español, procuraban informes sobre las fortificaciones de la frontera francoalemana, donde está establecida la célebre línea Maginot. Estos informes eran transmitidos a Berlín, vía Biarritz. Los espías poseían un barco en Marsella, donde habían instalado una estación emisora. Dicho buque salía todas las noches del puerto, y a una distancia de tres millas comunicaba a los facciosos de Palma de Mallorca la situación de los mercantes extranjeros que navegaban rumbo a las costas mediterráneas españolas. En el espionaje parece que está complicado Alfonso de Borbón, cuya expulsión de Suiza, acusado de agente de Alemania, se da como segura.

★

Prosiguen las disensiones en la vanguardia y retaguardia enemigas, que adquieren particular intensidad y gravedad notoria en el sector y ciudad de Granada.

★

Algunos periódicos extranjeros hacen notar que cada día aumentan las diferencias y envidias entre Franco y Queipo, añadiendo que éste actúa de una manera personal, como si fuera dueño y señor de la región que le padece.

★

Ha sido declarada por los facciosos zona de guerra la parte de las provincias de Huelva, Sevilla y Badajoz, que forman la serranía de Aracena, donde un puñado de hombres leales se defiende heroicamente desde hace trece meses, poniendo en jaque a las tropas del «aguerrido» *speaker* sevillano. Este ha anunciado medidas drás-

ticas contra ellos con ánimo de reducirlos, después de lamentarse en el bando de que su promesa de que serían respetados los que se presentaran y se sometieran no fué escuchada por uno sólo de ellos. Castiga con severas penas la simple circulación por la sierra sin un permiso especial.

★

El gobernador de Orense ha dispuesto que todos los varones de 30 a 45 años que residan en la capital han de solicitar su ingreso en Falange en un plazo de ocho días, debiendo estar dispuestos a prestar, siempre que sean admitidos, los servicios que se les señalen. Quedan obligados a vestir el uniforme.

★

Ha sido multado con 250 pesetas el cura párroco de un pueblo de La Coruña por hacer una denuncia «desproporcionada con los hechos de que acusaba al denunciado».

★

El incidente entre Queipo de Llano y Falange Española ha terminado con no mucha brillantez para el charlista de Sevilla. Los falangistas de Salamanca han replicado a su denuncia con una nota agria e irrespetuosa, manifestándole que la señora de referencia, parienta suya, fué expulsada por su falta de competencia y recomendada más tarde para que diera clases a unos niños. Terminan su nota diciendo que es estúpido perder el tiempo en época de guerra en pequeñeces sin importancia. Queipo ha agradecido el «palmetazo» y ha «rogado» a Falange que le presente las pruebas oportunas.

★

El *Observatore Romano*, órgano del Pontífice, se queja en un editorial de las insinuaciones sectarias que se hacen contra el Papa en algunos periódicos de la zona re-

belde española. Añade que en esas informaciones se llega a decir que la suerte de España no ha conmovido profundamente el corazón del Pontífice. «Incluso alguno ha llegado a manifestar —agrega— que el conmovido y conmovedor discurso que pronunció a los españoles que huyeron de su patria en septiembre del año pasado era agobiador.» Afirma que no deja de advertirse la mano alemana en esta propaganda de tipo antirreligioso. Un periódico alemán ha llegado a decir que la posición del Papa hacia Franco ha cambiado después de la caída de Bilbao; «pero—prosigue—no por razones de coincidencia en la lucha anticomunista, sino con vistas al óbolo de San Pedro. Esta aclaración de Alemania —termina— pone en claro ciertas actitudes que han surgido donde menos pudieran esperarse.»

★

El gobernador de Huelva ha entregado una nota a la prensa en la que lamenta el tono frío con que se produce una parte del público, y que se reflejó en la inasistencia y poco entusiasmo en la fiesta de homenaje a la bandera monárquica y el desfile militar subsiguiente. El Gobernador recuerda «su obligación a todos los buenos españoles».

★

En *La Voz de Galicia* se publica una relación de personas multadas por no saludar cuando se tocaba la *Marcha Real*.

★

El embajador de Hitler en Salamanca ha dimitido. Su renuncia se atribuye a disensiones con los militares italianos sobre la campaña española.

★

El gobernador de La Coruña se queja de la falta de entusiasmo del pueblo para engrasar las suscripciones en favor del «jér-

cito nacional», y afirma que quienes se inhiben de estos deberes son verdaderos enemigos, tan odiosos como los rojos.

★

La Diputación de Guipúzcoa ha dirigido un aviso a los contribuyentes de la provincia para que paguen sus descubiertos en el plazo de ocho días, amenazando con multas y penalidad judicial a los que no lo hagan o se resistan, pongan excusas o se nieguen a pagar.

★

El *Manchester Guardian* publica una información procedente de Gibraltar en la que un desertor del campo rebelde, llegado recientemente a la citada plaza, ha referido las causas de la sublevación que hace poco estalló en Motril. Afirma que la revuelta fué producida por los falangistas que abandonaron las trincheras en que estaban destacados a petición de los moros y de los italianos. Los marroquíes e italianos se quejaron con energía a sus jefes de que mientras ellos servían de fuerzas de choque, los falangistas, en cuyo favor estaban luchando, pasaban una vida cómoda en la retaguardia; siendo su único «trabajo» fusilar

ciudadanos indefensos. Con el fin de acallar estas protestas Queipo ordenó que los falangistas luchasen junto a las demás fuerzas, pero tan pronto fueron llamados a entrar en fuego exteriorizaron un pánico imponente. El jefe italiano ordenó a sus soldados que los fusilasen, con el fin de evitar su huida y restablecer la moral de moros e italianos. Ello produjo una situación muy grave, pues aprovechando la confusión las tropas españolas se apoderaron de una fábrica de azúcar, haciéndose fuertes en ella.

★

En el Gobierno Civil de Zaragoza facilitaron una nota que dice: «Son, por desgracia, varios los casos en que la Junta de Extracción de Fondos de este Gobierno Civil ha sido desatendida por algunos ciudadanos, que deben tener un concepto muy equivocado de lo que son los elementales derechos y deberes del ciudadano en una dependencia del Estado. Invito públicamente a todos los cuentacorrentistas a que se atengan estrictamente a las instrucciones que impone el Decreto 106 sobre movimiento de fondo y las acaten con la corrección y la disciplina debida.»



A Ñ O I

31 AGOSTO 1937

NUM. 9